

Mancillar la honra

JOSE ANTONIO ABELLA

EL «Folletín de la Gasolera o los ediles en Babia» podría ser buen título para un relato, entre moralizante y costumbrista, de la crónica posmoderna y provinciana de nuestro fin de siglo. Capítulo a capítulo se va desarrollando su trama como si de un culebrón venezolano se tratara. Y la verdad es que el asunto tiene los ingredientes necesarios para cocinar un buen estofado: restos arqueológicos romanos, vías comunales, intereses económicos privados..., todo ello aderezado con la salsa omnipresente e inflamable de nuestro tiempo y aderezado con la pimienta de implicaciones políticas, acusaciones, desmentidos, etc. ¡Qué les voy a contar a estas alturas, cuando el nudo de la obra (me refiero a la folletinesca) está en el apogeo y su desenlace se vislumbra en la fórmula de los hechos consumados!

La verdad es que el asunto, a pesar de su claridad, era feo, resbaladizo y más bien aburrido desde un primer momento, se mirara por donde se mirara. Pero despertó el interés del público al desvelarse, precisamente por este mismo periódico, que uno de sus promotores era el

presidente provincial del partido gobernante en la ciudad, hecho que no hubiera tenido mayor resonancia de no haber sido seguido —mala estrategia— por un torrente de declaraciones airadas cuyo principal mérito fue poner de manifiesto el carácter agrio y la poca elegancia de los actores de tales catilinarias.

Sin embargo, ahora, en los capítulos centrales del culebrón, la trama va tomando unos tintes sorprendentes. Y así, a raíz de la sesión municipal del pasado martes —martes de Carnaval, por cierto— nos enteramos de que el señor alcalde había ordenado la paralización cautelar de las obras el pasado mes de noviembre, y su precintado poco después, estando en Babia durante el tiempo transcurrido —según sus propias palabras, que para mí son dignas de todo crédito— de que los acuerdos municipales por él firmados quedaban en el limbo de los justos mientras la obra (ahora no me refiero a su vertiente literaria) seguía tan viento en popa como el navío pirata de Espronceda.

El interés folletinesco, como ven ustedes, ha ido creciendo de día en día aunque, para mi gusto, le faltaba el toque emotivo que moviera y con-

moviera el corazoncito de ese espectador pasivo que representa a la inmensa minoría. Ciertamente —y que nadie tome por ironía lo que pretende ser una opinión sincera y positiva— la apelación que la primera autoridad municipal hizo a su honra me parece ejemplar, y un buen paso para que lo que sólo era un vulgar folletón se convirtiera en paradigma de un florecimiento literario al mejor estilo de nuestro siglo de oro. Se le había acusado de «amiguismo», término de claridad semántica pero de una mediocridad lingüística impropia del caballero que uno cree reconocer en quien así se expresaba. Y el interpelado, en quien también uno cree reconocer a un caballero, se defendió con la elegancia calderoniana que manifestaba su intención de hacer frente a todos aquellos que le pretendan «mancillar la honra».

Me encantan esas palabras entrecuilladas que nos transportan a un concepto del honor tan poco acorde con la ramplonería verbal y con las corruptelas de este fin de milenio que nos ha tocado vivir. «*Al Rey —léase trabajo de gobierno— la hacienda y la vida / se ha de dar; pero el honor / es patrimonio del alma, / y el*

alma sólo es de Dios». Si el Salón de Plenos de nuestro Ayuntamiento sigue por estos caminos, por buen camino irá la ciudad. Si el buen nombre y la honra priman sobre los intereses ratoneros y las presiones de quienes sólo son capaces de verla a través del bolsillo de sus pantalones, todavía nos quedará la esperanza de legar a nuestros descendientes un lugar para vivir que, cuando menos, no sea peor que el que nosotros recibimos.

Pero acabo de hablar de bolsillos y me temo que son esos mismos bolsillos quienes, de modo más o menos velado, sufragán campañas electorales y ponen o quitan alcaldes. Veremos si el expediente sancionador iniciado no queda en una anécdota más de la burocracia y de los hechos consumados.

«Mientras yo sea alcalde...», dijo en esa misma sesión la primera autoridad. Si se oculta una oscura premonición tras el velo de tales palabras, tiene todavía más valor esa invocación a la honra. Porque para quienes todavía creemos en ella, siempre será preferible la «soledad del héroe», especialmente cuando esta soledad no viene de Babia, sino de Salamanca.